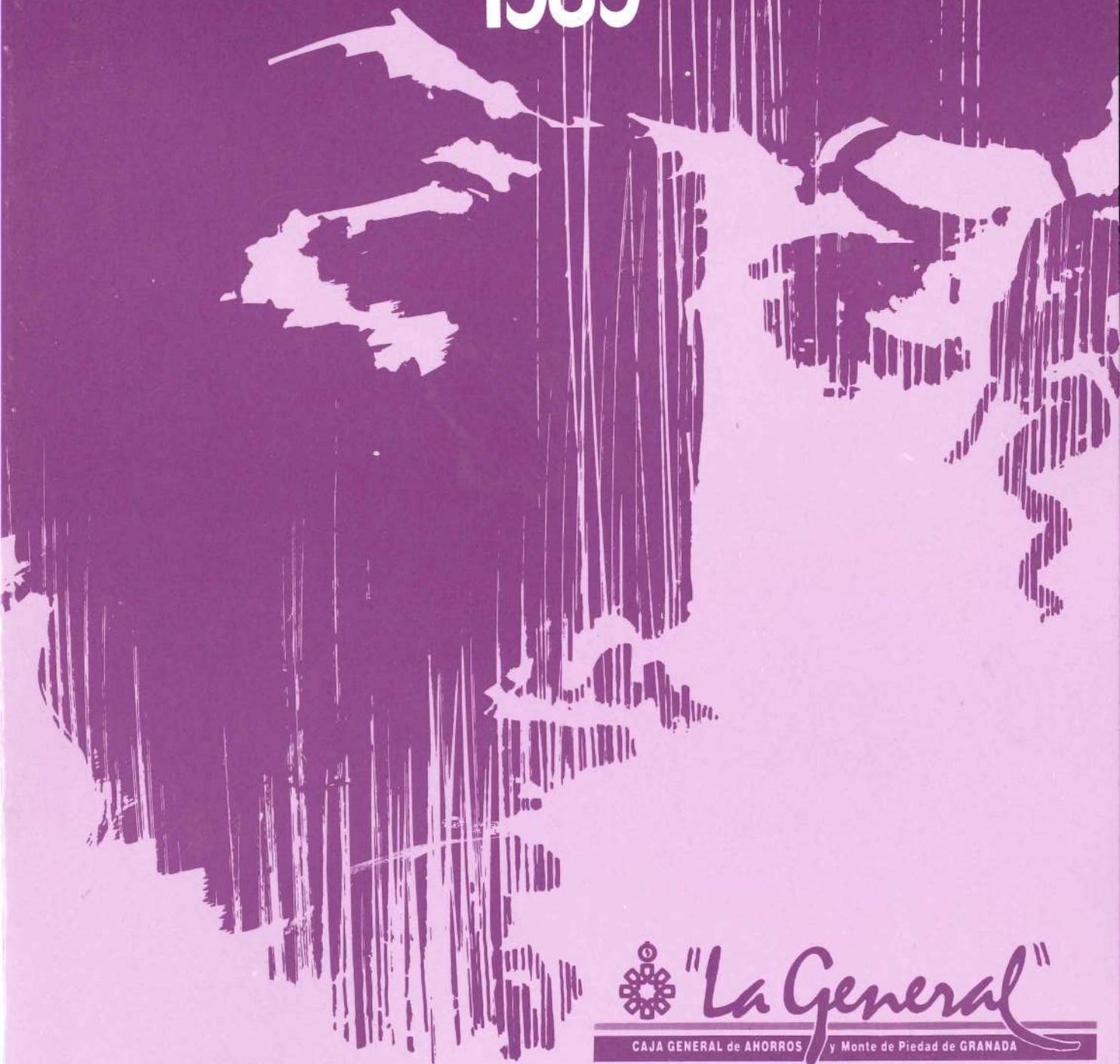


# PREGON DE SEMANA SANTA

## GRANADA

### 1989



*"La General"*

CAJA GENERAL de AHORROS y Monte de Piedad de GRANADA

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA  
DE  
GRANADA '89

ENRIQUE SEIJAS MUÑOZ

Primavera de Granada.  
Sangre que del Hombre-Dios  
se derrama entre las manos,  
regando tronos dorados  
que estallan de tanto amor.  
Los atardeceres arden  
como anuncios de Pasión.  
Amargura son sus calles,  
corona son los rosales,  
Calvario cada rincón.  
Todo se va transformando  
cuando pasa el Redentor:  
en lanzas, palmas y olivos;  
en ¡crucifícale!  
el ¡hosanna Hijo de Dios!,  
Aquéllos que se prendieron  
en su mirada de amor,  
modernos Evangelistas,  
toscos troncos transformaron  
en imagen del Creador.  
Así,  
Santo Domingo es cenáculo;  
Comendadoras huerto, oración;  
prendimiento Magdalena,  
cautiverio Encarnación  
y las orillas del Darro  
Sentencia para el Señor.  
Flagelación, cruel castigo:  
Cristo en San Justo Medita,  
desde San Miguel Perdona;  
en San Matías es Paciencia,  
en el Realejo, Humildad.  
La vieja Amargura empieza  
en la misma Catedral:  
Gran Poder, Tres Caídas,  
Amor y Entrega, Trabajo,  
¡Pasión!  
y el Nazareno descalzo,  
llorando porque no hay nadie  
que enjague tanto dolor.

Gólgota inmenso de amor,  
Granada entera es un templo:  
con la Lanzada, la Sangre;  
la Buena Muerte que llega  
tras la cruel Expiración;  
y Jesús que desde el Monte  
trae Consuelo,  
hace Favores,  
es Redención  
y en el Silencio del alba  
Misericordia de Dios.  
En Santa Paula lo bajan  
del suplicio de la Cruz;  
desde la Alhambra unos brazos  
amorosos lo acurrucan  
y en Plaza Nueva se inicia  
el Entierro de quien dio  
a manos llenas su amor,  
recibiendo a cambio el odio,  
la burla y la incomprensión.  
Domingo, Resurrección;  
Zaidín y Arabial a un tiempo  
pregonan la buena nueva.  
Y en alegría infinita  
las campanas casi estallan,  
porque Cristo está otra vez  
en las calles de Granada.  
Y la Virgen que es Refugio,  
Remedio de nuestras Penas  
y Salud de nuestra alma;  
que en Rosario se desgrana  
y por Caridad suplica  
Merced y Misericordia,  
aliviar nuestra cadena;  
que la vemos como Aurora  
y en las noches como Estrella,  
que es Reina allá en la Alhambra,  
Luz,  
y sobre el Monte gitana;  
borra ya esas tristes Lágrimas,  
que son perlas en su cara;  
se olvida de los Dolores,  
supera toda Amargura  
y cambia el Mayor Dolor  
de Soledad en Esperanza.  
Vio el fruto de su Concepción  
de su Encarnación, truncado;  
su Amor y Trabajo fue  
escarnecido y vejado.  
Pero el Domingo, en Granada,  
hay Paz porque hay Victoria;  
¡por el Triunfo de Dios!  
Y en el rostro de María  
un puchero que se torna  
en expresión de alegría,  
¡Maravillas del Señor!

Delegado diocesano de Hermandades y Cofradías, Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Granada, Presidente de la Federación de Cofradías y Junta de Gobierno, Hermanos Mayores, cofrades, camareras, costaleros, amigos todos, hermanos en los sentimientos religiosos y en el amor a nuestras tradiciones centenarias:

Creo que hacer el pregón de la Semana Santa de Granada es algo muy importante, un orgullo que no todos llegan a tener. Es mucho lo que hay en juego en un acto como éste y múltiples los afanes que se reúnen al oírlo. Para mí, sin embargo, es más aún: significa el espaldarazo como granadino, después de haber luchado por esta tierra, desde la tribuna de papel de los medios de comunicación, decena y media de años; significa el entronque definitivo con las raíces de esta ciudad mágica y embrujada, que sabe combinar como ninguna otra lo moro y lo cristiano, lo profano y lo religioso, lo festivo y lo solemne; significa, finalmente, la satisfacción máxima que a un granadino de adopción, y de convicción, podéis proporcionarle.

Por eso estoy obligado a un brevísimo, pero sincero, capítulo de agradecimiento: a la Federación de Cofradías por mi designación y en especial a su presidente, Antonio Medina Piñar, porque se ha tenido en ello fundamental influencia; al concejal de Cultura del Ayuntamiento de Granada, mi buen amigo José Miguel Castillo Higuera, por sus hemorsas palabras que como ya he dicho otras veces en circunstancias similares —esto de presentarme él a mí o yo a él se ha convertido en una divertida costumbre— responden más a la amistad y el cariño que a la verdad; a mi esposa, Beatriz, sin cuya ayuda material y aliento me habría sido imposible terminar este pregón en el escaso tiempo que se me concedió para ello; a todos vosotros, mis queridos amigos, porque vuestra presencia realza este acto, me da ánimos para continuar y me permitirá conocer, dentro de unos minutos, el grado de aceptación de la ciudad de Granada hacia mi trabajo. A todos, gracias.

Falta poco para que sea Primavera. A pesar de ello, este año va a comenzar la Semana Santa antes de que se inicie oficialmente esa estación. Y sin embargo, ese olor, ese olor de Granada... Si en Sevilla es el azahar y en Huelva la marisma, en Granada son los arrayanes, la albahaca y los lirios; balcones de geranios y terrazas de jazmines, muros cuajados de rosas y una Vega entera que ofrece sus claveles como homenaje al amor que renace en los corazones y en las almas, y que pasando por las manos de hombres y mujeres riegan los pasos de misterio y palio hasta casi hacerlos estallar. Y el color, ese color también de Granada... Atardeceres que arden más allá de las colinas, impresionante mezcla de ocre y malvas tiñendo el Cielo en extraño pero maravilloso juego de luces y de sombras. Granada entera se transforma cada atardecer, cuando desde la Alhambra, la Abadía o el Albaicín, divisamos los últimos rayos de un sol que no quiere marcharse sin dejar su impresionante huella en las retinas de quienes, lamentablemente sólo a veces, tenemos la suerte de seguirle en su retirada.

Junto a todo esto, en este tiempo de renacer y de vida, se prepara la Semana Santa. Flores, cera, voces de capataz, ensayos de costaleros, música de trompetas y tambores, mimos de madre en las túnicas y los capillos, cultos, pregones, carteles... Es como un rito secular que se repite cada año y va impregnando el ambiente para que pueda exclamarse, incluso por los más ajenos al mundo cofrade, esa especie de himno que simboliza el repetido ¡ya huele a Semana Santa!. Y no es que sólo huele, sino que también se siente; en la calle y en los templos, en las casas, entre los jóvenes... Pero hay más. Yo me atrevería a decir, sin temor a equivocarme, que huele a Semana Santa y que hay color de Semana Santa, de Semana Mayor,

de semana de tradiciones, de semana de penitencia y sacrificios, de mantillas y penitentes, de tronos dorados y bambalinas tintineantes, de mantos y de palios, de multitudes a las puertas de las iglesias para ver salir o entrar cada cofradía, de templo abierto en toda la ciudad. Hay olor, color y sentimiento; es Primavera y es Semana Santa. ¡Es Granada!

Y esta Granada nuestra tan sentida, tan alegre y seria a la vez, se convierte como por arte de magia en una nueva Jerusalén que va a revivir día a día, momento a momento, el eterno drama del Amor por excelencia, la entrega máxima del hombre por el hombre, el holocausto de Dios mismo por la Redención; la Pasión, la Muerte y, por encima de todo, la Resurrección de Jesús Salvador. Y de domingo a domingo se va del bullicio en la recepción a la alegría en el renacer pasando por el dolor en la tragedia. Cristo va a padecer y a morir en nuestras calles, las calles de Granada; aquí lo vamos a recibir entre palmas y olivos, vamos a prenderlo y sentenciarlo, a verlo rezar, cruelmente azotado y también morir en la Cruz por todos los rincones, todas las esquinas, todas las plazas y callejas. Por obra y gracia de la propia inspiración divina reflejada en las manos de hombres que a lo largo de los siglos, haciéndose eco del sentimiento de una tierra y unas gentes, acertaron a plasmar en bellísimas imágenes toda la grandeza y majestad del gesto humano de Dios.

Para que todo ello sea posible varios miles de personas, artistas o artesanos de diversos campos y trabajadores incansables, ponen su saber y entusiasmo al servicio de la misma causa: en el cuidado de las flores, en la preparación de la cera, en los bordados, en el cincelado de la plata, en el dorado, en el vestir las imágenes... Hay una sensibilidad especial en el movimiento de las manos, un enorme sacrificio en el tiempo que se dedica a estos menesteres, una infinita paciencia para repetir las cosas una y otra veces hasta que quedan a gusto del propio autor, que es quizá lo más difícil. Mucho antes ya ha habido verdaderos quebraderos de cabeza para conseguir el dinero necesario, aguantando estoicamente las críticas de quienes no entienden el sentimiento de hombres y mujeres cofrades y camareras; de aquéllos que, probablemente, ni siquiera habrán leído el pasaje del Evangelio en el que Judas recrimina a María Magdalena que gasta tanto en el perfume que vierte sobre los pies de Cristo y Éste defiende a la mujer.

Todos desean ofrecer lo mejor que tienen para que luzcan más las advocaciones a las que tienen devoción. Unos engalanan los tronos, otros manejan la aguja y el bastidor, algunos sujetan los ornamentos al paso tratando de realzar la belleza de las imágenes en una cadena constante de esfuerzos que culmina la gran noche de la salida procesional cuando las vírgenes dolorosas lucen espléndidas bajo sus palios, sonido de cordones de oro sobre varales de plata al ritmo del andar costalero y el guiño juguetón de los cirios; cuando los misterios de la Pasión van pregonando a los cuatro vientos, ante propios y extraños, la fe de todo un pueblo que no siente reparos en exteriorizar sus creencias religiosas. Porque de lo que no puede dudarse es de que todo esto tiene una indiscutible raíz religiosa y cristiana: desde las manos que cortan y cosen las túnicas de los nazarenos hasta quienes hacen sonar los tambores y las trompetas durante largas horas de caminar incansable, pasando por los encargados de colocar con delicadeza las sayas y los mantos o cuantos cincelan los respiraderos y los candelabros, bordan en oro los palios, cantan desde los balcones y, sobre todo, los que tienen la capacidad de tallar esas expresivas representaciones de Jesús y de su Madre que conmueven a cuantos presencian finalmente el desfile procesional.

Pero todavía, a pesar de los siglos, no todos son capaces de entender la grandeza de este pueblo nuestro, el andaluz, que sabe llorar estremeciéndose en lo más hondo ante un gesto de dolor en el rostro mariano o una llaga en el divino costado, sin dejar por ello de pensar en las ya próximas romerías durante las que con idéntica sinceridad se alegra junto a una Virgen de gloria y hace acompañar sus cantes por las notas de una guitarra en sustitución de las marchas procesionales que sirven de fondo a las sentidas saetas. No cabe duda de que creemos en la Resurrección y de que este principio es el punto de arranque de tan compleja forma de comportamiento. Por eso una y otra celebraciones coinciden en Primavera, tiempo durante el que todo vuelve a la vida, todo reverdece, en el que hasta la luz tiene un tono especial y distinto que permite apreciar mejor la belleza.

Sin embargo estábamos hablando de los imagineros, intérpretes geniales de la Pasión y artífices primeros de nuestra devoción; de estos hombres que hicieron posible el milagro renovado en las calles de Granada y cuyos nombres están en la mente de todos los granadinos: Diego de Siloé, José de Mora, Pedro de Mena, José Risueño, Pablo de Rojas, Ruiz del

Peral, Espinosa Cuadros, Sánchez Mesa, López Azaustre, Dubé de Luque, Roldán de la Plata, Manuel González, Antonio Barbero, Miguel Zúñiga, Baltasar de Arce, Antonio Díaz, Espinosa Alfambra, Jiménez Mesa... A no dudar cualquiera de ellos, después de ver el efecto de sus obras en el pueblo, de comprobar cómo se les reza y se les canta, con qué fervor se las procesiona, pudo elevar una oración de agradecimiento:

Gracias, Señor,  
porque estas manos  
pudieron plasmar de tu dolor,  
en la madera  
instantes supremos.  
Gracias, Señor,  
porque me diste  
la fuerza y el aliento necesarios,  
con tu amor,  
para representarte.  
Gracias, Señor,  
porque al paso  
de estas imágenes sencillas,  
oraciones escapan de los labios.  
Gracias, Señor,  
porque a la postre  
eres Tú quien perdura entre la gente  
y tu Espíritu queda  
por encima de la muerte.

Semana Santa de Granada. Cuando las puertas de la Catedral se abren para dar paso a la procesión de las palmas, a mediodía del Domingo de Ramos, bajo la torre mudéjar de San Andrés casi se está organizando ya la que ha de ser sólo unas pocas horas más tarde Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén. Sencillos hebreos de corazón y sentimientos, los niños granadinos dan escolta a la bellísima imagen montada de Espinosa Cuadros que convierte el Arco de Elvira en puerta de entrada a la Ciudad Santa una vez al año. Hay alegría en el ambiente, ha sido bendecido el olivo de la paz y se cimbrean las doradas palmas sobre las cabezas infantiles. Pero se está presintiendo ya, la historia se repite y la tradición es fiel a ella, el gran drama del Gólgota en ese mismo instante. Por eso bajo los arcos de Santo Domingo el Señor se ha reunido a cenar junto a sus discípulos, con las tortuosas callejas del Realejo como judos testigos de la despedida. Otra vez Espinosa Cuadros, con un grupo de colaboradores futuros maestros de la gubia, hizo posible que año tras año podamos presenciar ante nuestros ojos la mismísima institución de la Eucaristía.

«Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros» parece decir Jesús sobre el trono caoba y oro. Más tarde, mientras la popular imagen de la Borriquilla vuelve a pasar por Elvira camino de su iglesia, buscando el descanso los doloridos pies de los pequeños nazarenos, el altar de la divina inmolación apenas si cabe por las estrecheces de Jesús y María hacia la grandeza del templo de los Predicadores. Paz y Victoria, dos maravillosas y serenas advocaciones marianas, siguen los pasos de su Hijo bajo palios celeste y blanco; lágrimas de madre presintiendo el drama, puñales de plata en el corazón y todo el amor de jóvenes corazones bajo las trabajaderas, pulso a golpe de cadera, ritmo marcado por las notas musicales y silencio para que no se malgasten las fuerzas.

Moderna Jerusalén,  
arco de piedra de Elvira;  
dime, Jesús, ¿dónde vas  
por entre olivos y palmas,  
entre vítores y hosannas?

Templo de Santo Domingo,  
cargado de historia santa;  
dime, Jesús, ¿por qué te das,  
en el vino a nuestra sed,  
en el pan a nuestras almas?

Pero Jesús no puede pararse ahí, en su recorrido triunfal y en la comida del amor con los suyos; ni el Realejo tiene bastante con ser cenáculo anual a la luz amarillenta de los faroles, impregnado el ambiente con la fragancia fugaz de los patios de jazmines. Manos primorosas han dado forma en las Comendadoras a las ramas del olivo bajo el que el Mesías ha de beber el cáliz; las piedras centenarias se estremecen con su ansiedad mientras los balcones engalanados parecen recordar aún la multitudinaria entrada sobre el pollino. «Padre, si quieres, pasa de mí este cáliz» está pidiendo el angustiado rostro de Cristo salido de las manos de Sánchez Mesa. El ángel insiste, Jesús mira al Cielo y admite un dolorosísimo «Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya», que le hace reventar las venas de su frente y sudar sangre, mientras la despreocupación o la ignorancia permite a sus Apóstoles dormir casi a sus pies, ajenos por completo a la Pasión que ya se inicia. Sólo María, azul de cielo sobre su dorada corona, es consciente de la Amargura de un instante así, en el que sin duda debió ser la sensación de soledad y de impotencia lo más difícil de soportar, el principal enemigo.

El verde de los olivos  
va acariciando tu cara  
y la ansiedad va dejando  
ojeras de pasión pintadas,  
Trágica oración que arranca,  
mezcla de sudor y sangre;  
el cáliz lo bebes sólo,  
no te lo comparte nadie.  
Indiferencia del sueño,  
silencio a tu alrededor;  
sólo cortado un momento,  
hoja de beso traidor.  
El verde de los olivos  
ya no te roza la cara,  
que un frío de luna deja  
resecas todas sus ramas.

No se da cronología exacta en los desfiles procesionales de la Semana Santa de Granada, pero sí en sus imágenes, no importa el día en que sean sacadas a la calle. Después del beso traidor, Jesús es prendido. En el Sagrario Dubé de Luque y en la Magdalena José de Mora muestran la humildad del hombre-Dios con las manos atadas camino de su inhumano proceso. Mirada amarga, triste, pensativa, a caballo entre la aceptación de su destino como Dios y la preocupación que le produce la proximidad del sufrimiento como hombre. Y María, la eterna seguidora ahora bajo palio oro adamascado, recuerda su Encarnación, siente nostalgia del hijo pequeño allá en Egipto, del joven que recorría las comarcas predicando, enseñando el amor, y se pregunta por qué tanto dolor, por qué es todo esto necesario.

Como es lógico, no hay respuesta. Sólo sigue el desarrollo del drama en una representación plástica de singular belleza, gracias al esfuerzo de hombres y mujeres, al sacrificio de varios cientos de generosos hombros cada noche, al sentimiento de miles y miles de creyentes. Así empieza el castigo en cuatro lugares al mismo tiempo: San Matías, Justo y Pastor, otra vez Santo Domingo y San Miguel Bajo; Pablo de Rojas, Mora y Diego de Siloé (ahora también Barbero) son los maestros; Paciencia, Meditación, Humildad y Perdón las advocaciones. Azotes, corona de espinas, cetro de caña, manto púrpura, burlas... Corre la sangre y suenan las risotadas de los judíos, las calles del Realejo, de la Magdalena, del Albaicín, ponen eco lastimero a los golpes y los insultos; pero no lo pueden poner también a las quejas y los lamentos, porque no los hay. Sólo suspiros de una Madre ya casi adormecida por el dolor, que sin embargo

espera aún el milagro de que no sea necesario cumplir el mandato divino hasta el final. Siente sus Penas en lo más hondo del corazón, busca inútilmente Remedio a su dolor, llora desde lo más profundo su Soledad pero brilla en definitiva como una bellísima Aurora bajando desde la colina blanca a modo de bálsamo magistral para aliviar nuestras heridas, cuando las suyas no puede cerrarlas nadie.

No es difícil encontrar la mirada perdida de Jesús en cualquier rincón de la ciudad ni tampoco que al paso de estas imágenes surja la rebeldía, la oración, la pregunta sin respuesta, el ofrecimiento de sacrificio... Todo ello fruto del amor que en estos días y estas noches está más a flor de piel, parece más espontáneo:

¿Por qué me sigues amando, di,  
por qué te estás humillando?  
Si yo nunca te pedí  
tanto como me estás dando.  
Que yo no quiero mirarte,  
que no quiero verte así;  
déjame que sea columna,  
déjame morir por ti.  
Látigo de dos mil años  
que me separa de ti;  
el amor, que no es de antaño,  
agudo se clava en mí.

Pero todo es inútil. La macabra danza del dolor y del amor tiene que seguir y por eso San Pedro, junto al silencioso Darro, se ha convertido en improvisado palacio desde el que el Maestro va a salir sentenciado después de que su apóstol de mayor confianza —«sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»— lo haya negado tres veces. José de Mora, Benito y Antonio Barbero hicieron posible la plasmación del momento en un grupo escultórico que representa maravillosamente la dureza del instante; a Jesús parece que ya lo han cargado con la cruz, de tanto peso como le han echado encima al condenarlo. Ese río casi sin agua que se empeña en reflejar la escena, esas luces de la Carrera a modo de reflectores, esas paredes blancas como si fuesen gigantescas pantallas donde proyectarse, ese muro que pone pies invisibles a costaleros fantasmas...

Y la Virgen, otra vez María, al conocer la noticia, al saber que todo ha de seguir como estaba escrito, al darse cuenta del dolor que aún tiene que soportar hasta llegar al Calvario, no puede reprimir un puchero, apenas un atisbo de gemido, que en una verdadera Maravilla del Señor alcanzó a perpetuar Pedro de Mena. No son el manto burdeos ni la bellísima saya ni el palio majestuoso ni la corona; no son los nazarenos ni los costaleros, no es la Carrera ni tampoco el río. Es la imagen, María, la Madre de Dios, que siente rodar lágrimas de perla sobre su rostro de nácar y que hizo cantar al pueblo una cariñosa y dulce oración, sencilla pero emotiva, mezcla de piedad y admiración, de compasión y comprensión a un tiempo:

El dolor de su Pasión  
se fundió con tu carita,  
siete gotas de rocío  
quedaron en tus mejillas.  
Eres sagrario de amor,  
faro que en la noche brilla;  
alba de suave color,  
perla de Dios,  
¡Maravilla!

Sin embargo, nadie puede evitar el dolor de María porque tampoco nadie va a parar el curso de los acontecimientos. Por eso Jesús es cargado con la Cruz sobre sus hombros en las Carmelitas Descalzas, en el Monasterio de la Concepción, en el albaicinerio de Cristo Rey y en la Catedral. Hay belleza en el drama, porque bellas son las imágenes de Antonio Barbero,

Miguel Zúñiga, Dubé de Luque y José de Mora. Los nobles muros de la desaparecida Capitanía General se iluminan al paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Concepción de Zafra parece ensancharse para que pase el Señor del Amor y Entrega, la Cuesta del Chapiz quiere retener a Jesús de la Pasión como después querrá hacerlo la de la Alhacaba y el barrio de la Pescadería vibra con impulsos nuevos cada Martes Santo con Jesús de la Amargura. Repartiendo Merced, llorando por el fruto de su Concepción, brillando como una Estrella que hace palidecer la luz del sol, enjugando sus Lágrimas, la eterna Madre Dolorosa, palios de azul y granate, sigue los pasos del Redentor y arranca expresiones de admiración de los ojos llorosos y asombrados de muchas miles y miles de personas. Es en cualquiera de esos momentos cuando la saeta, oración hecha canto que sale del corazón y se eleva a lo más alto en pura expresión de sentimiento y deseo de aliviar, corta el aire todavía frío de la madrugada y paraliza el aliento de quienes no pueden sentirse ajenos a la ocasión:

Entre la gente caminas,  
cargado con el madero;  
tu sangre sigue gritando,  
mientras se va derramando.  
¡Cree en mí!  
¡Te quiero!

El peso puede con las ya débiles piernas del Salvador, que cae a pesar de su Gran Poder, se levanta con gran Trabajo apoyado en un tocón del camino y encuentra por fin, Tres Caídas fueron necesarias para que alguien se apiadase, la ayuda de Simón de Cirene, Roldán de la Plata en San Gil y Santa Ana, Espinosa Alfambra en el Corpus Christi y Miguel Zúñiga en Santo Domingo recogieron los tres momentos sublimes de la larguísima calle de la Amargura, entre soldados romanos con prisa por terminar, judíos mofándose de la divinidad y hombres y mujeres de fe y buena voluntad, impotentes ante escena tan desgarradora. Siempre detrás, la gran Esperanza de la humanidad, bellísima de esmeralda; la Luz de nuestro camino, llenando de clamor el río Monachil; y la Virgen del Rosario, la de Lepanto, capitana como otras tantas veces en este ejército de plegarias que llenan la ciudad desde Plaza Nueva a la Avenida de Dílar, pasando por el corazón del Realejo.

Que no puede con la Cruz,  
no me detengas, romano; que ni siquiera tu lanza,  
rompiéndome el corazón,  
quitarle podrá mi mano.  
Espera, pues, cirineo,  
que es por mí esa Pasión;  
y como ayudarle quiero,  
aunque yo no lo merezca  
estos hombros suyos son.

¡Y lo fueron! ¡Y lo son! Los hombros de los costaleros, modernos cirineos bajo los maderos de las trabajaderas, son los encargados de dar vida a aquel desconocido personaje que de pronto se convirtió en destacado protagonista de la Pasión y al que ni siquiera los Evangelistas supieron conceder toda la dimensión que merece. Costaleros de corazón, que no de bolsa; prestando su esfuerzo desprendida y generosamente, recorriendo la ciudad con plena conciencia de lo que llevan sobre sus doloridos hombros; atentos a la voz del capataz y poniendo en villo el ánimo de quienes contienen la respiración mientras suena el último y definitivo golpe de llamador: «¡Vámonos al Cielo!». Y al Cielo se elevan las miradas, al Cielo se van las plegarias, como al Cielo se van directamente los sacrificios desinteresados.

Muchos recordamos aún los problemas que daban aquellas cuadrillas profesionales, cuando las juntas de gobierno tenían ante sí sólo la preocupación de sacar los pasos a la calle; recordamos cómo esas mismas juntas, más de una vez, tuvieron que ocupar los lugares vacíos para devolver los tronos a sus templos; y que poco a poco, por iniciativa de unos cuantos, ejemplo de los demás, una legión de bravos muchachos, buena parte de los cuales sigue tras

los respiraderos a pesar de los años transcurridos, decidieron resolver la situación y cargar sobre sí la pesada responsabilidad de hacer realidad la estación de penitencia año tras año. Y como son conscientes de ello, como además de llevar el peso quieren lucirlo, como sienten en lo más hondo que su Cristo o su Virgen pueden hacer un milagro al pasar bajo cualquier balcón o al doblar una esquina cualquiera, llevan el trono con mimo, lo mecen con ternura, lo suben y lo bajan con la fuerza que da a veces la desesperación o con la suavidad que permite el amor. Y la gente, en las aceras, vibra de emoción en cada levánta, siente acudir lágrimas a sus ojos en cada subida a pulso y une su respirar al de los costaleros, entrecortado el aliento por el esfuerzo, como si estuviesen ansiosos por ayudar para hacer más liviano el sacrificio.

Casi al mismo tiempo que el movimiento costalero se inició un renacer de las cofradías de penitencia y despertó la Semana Santa de su larguísimo letargo. Los cofrades y las camareras ya no tienen que limitarse a vestir su hábito o su mantilla una vez al año, sino que en sus respectivos templos hay cultos mensuales, convivencias, adoración nocturna en muchos casos, bolsas de caridad, visitas a los enfermos, contribución a las obras de las iglesias... Y todas estas actividades mantienen vivo el espíritu cofradiero, eleva la calidad cristiana de quienes se suman a ello y trata de arrastrar a aquéllos que todavía dudan pero ya van sintiendo la llamada muy adentro. Calidad mejor que cantidad.

Dejemos sin embargo estas reflexiones y recuperemos el hilo de la Pasión. Cristo, desgarrado y ensangrentado, ha llegado a la cumbre del Monte de la Calavera. Es despojado de sus vestiduras, colocado sobre la Cruz que Él mismo ha llevado hasta allí e izado a la vista de todos entre dos ladrones, otros dos condenados a la pena capital. Algo se conmueve en el alma al presenciar el momento supremo de la Expiración, después de que ya ha pronunciado sus siete últimas palabras, lo que Domingo Sánchez Mesa reflejó con singular crudeza. Es también el Mayor Dolor de su Madre, María, que al pie de la Cruz recibe el encargo de velar por la humanidad: «Madre, he ahí a tu hijo». Granada se estremece de nuevo cuando la Virgen, entre humo y bengalas, cruza el río Genil, que se enciende en la fresca madrugada, para evitar que Jesús se quede a este lado de la ciudad.

Es un momento sublime, decisivo, por el que también se nos ha criticado. Dicen que sentimos debilidad por la muerte, que gozamos con el dolor. Pero no es cierto porque ese dolor y esa muerte son pasajeros dado que hay una Resurrección a corto plazo. Lo que admiramos es la gesta, la entrega, el sacrificio, que Dios mismo adopte forma humana y con ella se dé para salvar al hombre a pesar de que éste ha llegado a donde se encuentra por voluntad propia, haciendo uso de su libertad. No disfrutamos, nos conmovemos; no damos culto al morir, sino al vivir eternamente.

Fruto de amor que del árbol pendes,  
que a golpes madurar odio pretendes;  
y siendo claridad oscureces la mente,  
del que, amándote, tu Pasión no entiende.

Sí parecieron entenderlo muy bien José de Risueño, Baltasar de Arce, Pablo de Rojas y Antonio Díaz Fernández, según atestiguan sus tallas del Señor ya sin vida: Buena Muerte desde San Juan de Letrán, Favores en San Cecilio, Redención allá en los Salesianos, Sangre desde la Capilla Universitaria y Consuelo, Cristo de los Gitanos, desde lo alto del Monte Sagrado. La Constitución se hace moderna vía sin traviesas al paso de la Cofradía Ferroviaria, con una Virgen del Amor y el Trabajo que bendice y santifica a su negro paso; el Campo del Príncipe se enfervoriza ante su Cristo centenario, mientras María reparte Misericordia; el Zaidín envía una embajada de esfuerzo y entrega con el recorrido más largo de nuestra Semana Mayor, incluyendo una advocación de la Salud que desea recordar a la María Auxiliadora de tantas intercesiones; las callejuelas del viejo y destartalado centro de la Magdalena se iluminan de forma especial cuando los universitarios quieren darnos Refugio para nuestro miedo, nuestra tristeza por la muerte; Valparaíso y el Camino del Monte arden materialmente en medio de saetas con reminiscencias de fragua, sonidos de yunque y de martillo. Y María del Sacromonte sigue paciente y ensombrecida a la única imagen con un clavo en cada pie, magníficamente replicado para este año por Miguel Zúñiga.

Se rasga el velo del templo  
y se estremecen los campos;  
se está oscureciendo el Cielo,  
sobrecogiéndose el ánimo,  
Jesús entrega su alma,  
en un suspiro de amor;  
el mundo grita aterrado:  
¿por qué nos dejas, Señor?

Sí, ¿por qué nos dejas, Señor? queremos preguntarle todos. Pero la respuesta la ofrece bien clara, desde la Catedral al Zaidín, la gubia de Antonio Barbero en el Cristo de la Lanzada y en la figura de Longinos. No contentos con haberlo azotado, golpeado, escupido, humillado y crucificado; no contentos con verlo muerto después de una lenta y dolorosa agonía, todavía se le atraviesa el costado con una lanza para cerciorarse de que, efectivamente, todo se ha consumado. La Virgen de la Caridad siente en sí misma la profunda herida y sus recuerdos son cruelmente zarandeados cuando mira hacia atrás y ve todavía, como si fuese ayer, aquel portático de Belén en el que una criatura recibía su amor por todo calor. Ahora llueve, aúlla el viento, tiembla el suelo alrededor de la gran inmolación del Divino Cordero. Pero Ella mantiene vivos sus recuerdos.

Viento de crespones negros,  
palabras de cuna tierna;  
llanto que cae de los Cielos,  
terror que rompe la tierra.  
Desde el costado derrama  
manantial de vida eterna;  
venas de amor vaciadas,  
sangre que ya no le queda.  
Y la Cruz siente que añora  
del tronco sus tierras ramas,  
mecidas en un pesebre  
por la magia de una nana.

Pero Jesús, es cierto, ha muerto en las calles de Granada. Por eso estamos de luto y por eso se apagan todas las luces cuando justo a la media noche aparece en el dintel de la puerta de San Pedro el crucificado de Mora, ahora en espléndida réplica de Antonio Barbero; el Cristo de la Misericordia, el del Silencio, que baja la Carrera del Darro para pasar las calles del centro y desde allí buscar los Grifos de San José camino de su encierro albaicinerero. Impresionante, verdaderamente impresionante, aunque no falten desaprensivos que se niegan a entender el sentimiento colectivo de pesar de todo un pueblo que ama la Semana Santa y se duele con la rememorada muerte del Redentor. Yo mismo, sobrecogido por la magnitud del acontecimiento, lo glosé también alguna vez.

Llévalo muy en silencio,  
que no lo despierte nadie;  
que no se escuchen las voces,  
ni los pasos.  
¡Silencio!  
Rezadle,  
sin palabras y sin cante.  
Dejad que presente al Padre  
su Pasión como homenaje,  
para que al hombre redima  
de sus faltas y maldades.  
En silencio,  
que no lo despierte nadie;  
que la brisa de Granada

por los caminos del aire,  
nos mantenga vivo y fresco  
el vigor de su mensaje.  
¡Silencio,  
por Dios, silencio!  
Que no lo despierte nadie;  
dejad que sea el corazón,  
el poeta de este instante.

Cristo murió el Viernes Santo y este día tiene un significado muy especial para Granada. A las tres de la tarde en el Campo del Príncipe, talla de piedra de los Favores y Soledad de María, se produce un milagro: el de que la gente, una verdadera variopinta multitud, se agarre con fuerza a la espiritualidad de un momento para no ahogarse en medio de la tempestad; el de entender que no hay más tabla de salvación que la que Jesús nos ofreció desde la Cruz, que sólo el amor hace posible la paz y únicamente la paz puede traer la felicidad; el de que Granada entera sea capaz de ofrecer público testimonio, en respetuoso silencio, de que lo único importante en aquel instante es tener a Dios con nosotros. Yo deduzco de ese momento sublime del Campo del Príncipe que justo cuando se hace silencio, cuando se rezan las oraciones, cuando elevamos los ojos y el corazón a lo más alto, se ha iniciado ya el camino de la Resurrección; porque cuando vuelve la algarabía los pájaros parecen más alegres, las ramas de los árboles más juguetonas con el viento, el cielo más azul y el corazón de los hombres más receptivo al amor que se acaba de asumir, que se acaba de vivir por la magia de un agudo toque de clarín que pareció avivar la fe.

Aún así, todavía el cuerpo sin vida de Jesús ha de pasear las calles de esta Granada que le ha llorado a las tres de la tarde y espera ansiosa su regreso desde más allá de la muerte. En el monasterio de San Jerónimo Pablo de Rojas ya lo ha bajado de la Cruz y varios apóstoles lo llevan entre el lúgubre toque de trompeta y tambor de las fúnebres chías. Es un detalle más que diferencia a nuestra Semana Santa de las otras. Más tarde, la Virgen recibe en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo a los pies de la colina roja, por inspiración divina a Ruiz del Peral, y lo pasea por las calles mostrando a todos la crueldad de tan mezquina muerte. Es desgarradora su expresión, como lo es la causa que la provoca. Y la ciudad se rinde a la grandeza y sencillez a un tiempo de la Señora, acudiendo en masa a acompañarla desde las aceras para que no vuelva a sentirse sola. Después, depositado Jesús en una urna de cristal y concha, se procede al entierro solemne con todas las representaciones oficiales que el caso requiere. Aunque el pueblo llano, los granadinos, ya están de luto como de luto también está María.

Soledad, Soledad en el Calvario y Dolores. Mezcla extraña de negros y de salmón desde Santa Paula, Plaza Nueva y las Bernardas; tres advocaciones representativas del desgarramiento interno de una Madre que acaba de perder a su hijo, aunque sepa que va a volver de la muerte. Hay llanto y hay luto, pero hay también sitio en el corazón para un atisbo de esperanza porque ha de producirse aún el gran milagro de la fe cristiana, el regreso desde las tinieblas, el triunfo de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la bondad sobre la iniquidad; el triunfo definitivo de Dios al ofrecerse a sí mismo en sacrificio, en la persona de su propio Hijo, y rescatarlo después para mantenerlo ya siempre entre nosotros, en las calles de una Granada que ha de vestirse otra vez de fiesta y llenarse de alegría; no en vano todo esto ocurre en Primavera, el tiempo del renacer, de la vida.

Es Domingo de Resurrección. En las retinas de quienes hemos tenido el inmenso gozo de asistir a la conmemoración completa de la bella historia de amor de Jerusalén y el Gólgota, todavía se mantienen frescas las estampas más representativas de la Semana Santa en esta ciudad de los contrastes. Se está hablando del paso de la Borriquilla por el Arco de Elvira, la Santa Cena por Jesús y María, las Maravillas Carrera del Darro abajo, la Encarnación saliendo del Sagrario, Los Dolores de San Bernardo, Jesús del Rescate por las calles de la Magdalena, el encierro del Huerto en las Comendadoras, la Lanzada en Pie de la Torre, la Esperanza por calle Elvira, la llegada de la Humildad a su barrio de Santo Domingo, el Vía Crucis en la rampa de la Catedral, la Redención ante la Basílica de las Angustias, el encierro a pulso de Paciencia y Penas en San Matías, la Salve Marinera del Rosario, las estrecheces de la Cofradía Universitaria cerca de su templo, las saetas al Nazareno en las Carmelitas, la subida al Monte

del Cristo de los Gitanos, la llegada de la Estrella a Plaza Larga, la Aurora por los Grifos de San José, la Concha por Concepción de Zafra, el Silencio por toda la ciudad, el Campo del Príncipe la tarde del Viernes Santo, Ferroviarios por Gran Vía, los Favores subiendo hasta San Cecilio, la solemnidad del Santo Sepulcro por Tribuna, los Escolapios en el puente sobre el Genil, la Soledad por el atrio de San Jerónimo, la Alhambra en la Puerta de la Justicia y el Cristo del Trabajo al atravesar el río Monachil.

Todo está vivo, reciente, cuando las campanas de Granada, que han guardado casi cuarenta y ocho horas de respetuoso silencio, parecen volverse locas en un repiqueteo continuo, sin freno, con el que voces metálicas cantan hermosas aleluyas de vida. Cristo ha resucitado, Jesús ha vencido, es Domingo de Resurrección y se nota que es más Primavera aún en esta Granada nuestra que pasa en un momento del dolor a la alegría, del llanto a la risa, del silencio al júbilo. Campanillas de barro pregonan la buena nueva por las empinadas calles del Realejo alto, delante de la imagen centenaria del Dulce Nombre de Jesús con la que los niños de Granada quieren sumarse también a la celebración jubilosa. Pequeños costaleros que pugnan por prestar sus diminutos hombros, madres que intentan retener inútilmente a sus hijos para que no se pierdan en el bullicio de la desordenada procesión de los Facundillos, entusiasmo desbordado porque de nuevo se festeja la vida donde antes se conmemoraba la muerte. Y la copla, por alegrías, surge espontánea en el aire y en el agua, en la Vega y en las fuentes, de la Alhambra al Albaicín, desde el Zaidín al Realejo, desde la modesta Chana a los marginados Cartuja y Almanjáyar

Resurrección.

El Cielo se rompe en mil colores,  
derramando su gracia por los balcones.

Y Andalucía,  
tintineo de campanas de los chiquillos,  
que su alegría  
la reparten con creces los Facundillos.

Y Andalucía,  
ríe y llora a un tiempo por siguiரியas,  
que su alegría  
va tejiendo rosales en las mantillas.

A la misma hora, por la moderna calle de Arabial hay un Resucitado de Antonio Barbero que desde Regina Mundi, dentro de su modestia y ante la mirada dulce de las religiosas, imparte las primeras bendiciones. Y por la tarde, desde San Miguel Arcángel, el Zaidín nos vuelve a traer la presencia viva de Jesús, salido del taller de Miguel Zúñiga, y el Triunfo esplendoroso de María. Mantillas y capillos blancos, olor a cera quemada en la brillante luz vespertina, flores en los pasos y mantones en las rejas de los altos edificios, bullicio en las calles de un barrio que ya es tan cofradiero como el que más y que quiere tener también el privilegio de cerrar la Semana Santa.

Ha resucitado el Señor, se ha cumplido una vez más la Escritura y se ha producido el milagro. Todavía trae el eco sonidos agudos de cornetas y redobles graves de tambor, que se mezclan con el de los cohetes y las tracas con las que se pretende festejar ruidosamente tan gratísima noticia. Es un día especial, un día grande en el que renace la fiesta como están renaciendo ya los campos y se renueva el aire con los más diversos aromas. Los granadinos, que no olvidamos a los amigos de verdad, tenemos ese día un recuerdo especial para Nuestra Señora de las Angustias, que en la Carrera mantiene vivo el dolor de un drama ya superado en la calle. Muchas cofradías, durante la semana, han pasado ante su Basílica y han rezado la Salve o depositado un ramo a sus pies, poniendo de relieve que es compatible tener devoción a la advocación mariana titular de una hermandad y guardar al mismo tiempo un rincón en el corazón para la Patrona. Por eso acudimos a su lado, para dejar constancia de que estamos con Ella, de que queremos consolarla, enjugar sus lágrimas, hacerla partícipe de nuestra alegría, decirle a gritos que ¡Jesús ha resucitado! Y cantar junto a su camarín un sonoro ¡Aleluya! con el que hacer burlas a la muerte, dueña y señora durante dos días de Granada.

Guadaña que vas segando  
y vas sembrando pavores,  
vencida ves aterrada  
que el amor de los amores,  
oscuridades de tumba  
cambia por vivos colores.  
Muerte fiel que sólo coges  
del hombre su vestimenta,  
no olvides que al alma Dios  
le da vestido de amor  
y con él la vida eterna.

Nada más. Muchas gracias.

*Domingo 12 de febrero de 1989*  
*Teatro Municipal «Isabel la Católica»*